

TIEMPOS CRITICOS

DIOS - PATRIA - REY

Núm. 25. — Año XII

En un lugar de la Mancha, enero 1955

nº 4657

CONSIGNA

GUBERNATIVA DEL DIA:

GIBRALTAR PARA ESPAÑA

X ESPAÑA PARA NORTE-

AMERICA

NAVARRA Y SUS FUEROS

La voz del Carlismo, el grito de la Tradición siempre viejo y siempre nuevo, se ha dejado sentir en todos los hogares de la gran familia navarra. Es un grito poderoso, porque arranca de las supremas razones que han conservado a Navarra sana de espíritu, próspera y rica en lo material, unida en el amor y en el apego de las Tradiciones; en medio de los vaivenes que desde hace un siglo han conmovido y derrumbado las instituciones básicas del ser político español.

El intento de destruir lo que queda de los Fueros navarros denuncia algo más que el simple deseo de reducir a unidad administrativa la variedad resultante de la existencia, todavía hoy, en España, de una región con cierta autonomía en el aspecto tributario. La auténtica fisionomía de España viene dada por una comunidad de los antiguos reinos que la componen y que respetando la propia personalidad de cada uno de ellos los unifica en un ideal de buen gobierno, al servicio de una convivencia política basada en el orden cristiano de la sociedad. El centralismo, monstruo devorador de las genuinas libertades atenta contra el buen gobierno al anular la personalidad, fundada en el derecho histórico y natural, de los pueblos y dejar con ello inerme e indefenso al particular frente a la máquina absorbente y todopoderosa del Estado. Porque a través de las instituciones que definen y conservan la personalidad de los antiguos reinos, hoy regiones, el particular se siente miembro del común, con la conciencia responsable del que sabe que ese común no es creación ficticia de una ley emanada del poder central, sino organismo vivo que surge de la misma entraña del pueblo para satisfacer sus propias necesidades y colmar sus legítimas aspiraciones. La familia deja entonces sentir el peso de sus exigencias, justas y legítimas, en el Municipio. Y en el ámbito superior regional los representantes de los Municipios velan por que se atiendan debidamente dichas exigencias. De ahí como, dentro de ese sistema, que es cristiano porque responde a la naturaleza de las cosas, segun fué dispuesta sabiamente por Dios, el Estado no resulta un tercero odioso, un trampolin desde el que el salto a la ganancia fraudulenta se da sin peligro, sino órgano vivo y ejemplar por todos sentido como algo propio, porque para el bien de todos ha sido establecido y con el concurso de todos se sostiene. Todo lo contrario de lo que sucede a la autonomía natural de las regiones sucede la dictadura del poder central. De ahí que el ataque a los Fueros de Navarra, sea en realidad una acometida a fondo contra la posibilidad, que hoy es realidad todavía, de que los navarros sigan existiendo como tales, es decir disfrutando de las prerrogativas propias de su dignidad de hombres libres y cristianos.

Es el Carlismo el único que desde hace un siglo ha levantado la voz en defensa del genuino modo de ser de los pueblos de España. Por eso, Navarra ha sido y es carlista. Por eso sabe en los actuales momentos que es reavivando su fe en el ideal carlista que sostuvieron en el pasado siglo los voluntarios de la Tradición y en el presente los requetes de Lácar, de Montejurra y de tantos y tantos famosísimos y heroicos tercios, como puede hacer frente, con éxito, al ataque que se dirige a sus personas y a sus derechos.

El Carlismo defiende un modo de ser político de España basado en los principios del Derecho Cristiano. De ahí la primera palabra de su lema, ese lema que campeaba victorioso en las banderas de los voluntarios del Rey Carlos y en las de los gloriosísimos Tercios de requetes, orgullo de Navarra y de España entera: Dios. No defiende a Dios, el que dice acatar sus leyes y muestra observar las prácticas externas de la Religión, y sin embargo, no tiene reparo en desconocer y atropellar la dignidad de la persona y las tradiciones seculares de los pueblos, porque aquélla y estas son indispensables para integrar a los participantes en una convivencia política en la que resplandece el orden querido por Dios. Privada de ese sentido, la primera palabra de nuestro lema es vana, como son vanas también entonces las de Patria y Rey. Porque si la Patria no es lo que significan aquellas cosas, no tiene de tal sino el nombre, y si el Rey no supone la permanencia, por vía institucional, de lo que aquellas cosas significan y piden, está de más el defenderte. La catolicidad de Navarra fué el fundamento de su carlismo. Ella fue la que le llevó a

combatir a los liberales, la que le lanzó a la heroica empresa de la salvación de España en 1936, la que hoy debe mantenerle fuerte en la defensa de sus derechos. El Carlismo no ha muerto ni morirá en el corazón de los navarros, pese a todos los pesares y a todos los intentos, porque ha sido el único que ha recogido en lo político el espíritu de catolicidad de los navarros.

Pero el Carlismo que ha sido sostenedor de las libertades de cada una de las regiones españolas, ha sido al propio tiempo, enemigo declarado de la desunión que lleva al empequeñecimiento y a la muerte. Para el Carlismo la grandeza de España resulta de la unión de todas las regiones en la variedad de su personalidad distinta plenamente reconocida, al servicio del ideal histórico que la Divina Providencia le ha señalado. No es licito hablar a todas horas de ese ideal, mientras se procura la muerte de lo característico regional. Pero, al mismo tiempo, es ilusorio creer en la prosperidad de las regiones si se renega del ideal supremo y común.

En la medida en que Navarra ha sido carlista, ha resultado capaz de defender sus Fueros. El esfuerzo de los enemigos de España se ha encarcelado, por ello, previamente, a debilitar el Carlismo en todo el ámbito de la nación. Pero, el Carlismo no muere. Los españoles saben retornar a él cuando la Patria peligra. Hoy los carlistas de toda España se sienten solidarizados con el dolor de Navarra. Y una vez más, reafirman su postura inquebrantable de perenne fidelidad a los principios supremos por los que luchan y han luchado, sin impurezas ni mixtificaciones. La voz de Carlos VII resuena en lo íntimo de sus corazones, como eco de un deber sentido en lo más profundo de su conciencia: «La dinastía de los fieles carlistas, de los buenos españoles no se extinguirán».

PARODIA ELECTORAL

Nosotros lo sabímos de antemano. En primer término porque nunca nos hemos llamado a engaño acerca de la significación del régimen que padecemos. Y en segundo lugar, porque todavía nos sabe a amargo el recuerdo de la experiencia en un caso parecido.

Español de nos lees: el día 21 de noviembre de 1954 tenían lugar en España los comicios electorales para el nombramiento de ediles por el tercio familiar. En Madrid pugnaban por el triunfo, a los ojos del público, dos candidaturas, sobre todas, a saber, la que encabezaba un tal José Antonio Eloia Olaso y la que capitaneaba un don Joaquín Calvo Sotelo, escritor él, abogado del Estado él, si mal no recordamos y hermano él de José Calvo Sotelo, que demasiado saben quien fué para que tengamos que recordar-

te. Del otro, del primero, apenas si saben nuestros compatriotas que ostenta oficialmente el cargo oficial de Delegado Nacional del llamado Frente de Juventudes. Claro está que saber apenas eso de alguien, es saber mucho en orden a muchísimas cosas para todos los españoles que no se chupan el dedo, con perdón de la frase. Pues bien; a reglón seguido de los escrutinios anunció el Ministro de la Gobernación: en Madrid ha triunfado la candidatura afecta al Movimiento Nacional. Los datos no podían ser más elocuentes: el señor Eloia, que dentro del Partido es conocido más bien como camarada Eloia, y al que es de creer ha procurado una competentísima formación en materia municipal su larga experiencia en arreglar y re-

(Termina en la pág. 2)
Hemeroteca General
CEDOC

PARODIA ELECTORAL

(Víncos de la pág. 1)

vistar a las Falanges juveniles, obtuvo nada menos que 222.000 votos en números redondos, al tiempo que Calvo Sotelo conseguía tan sólo unos 50 mil. La mayoría política de los contrarios al Movimiento, venía a señalar satisfecho el Ministro de la Gobernación, había fracasado por completo.

La sorpresa ha sido para muchos inaudita. ¡Calvo Sotelo, Luca de Tena, Fanjul, enemigos del Movimiento Nacional! Pero, ¿el Movimiento Nacional no dicen que comenzó precisamente cuando los enemigos de España asesinaron a Calvo Sotelo, y continuaron después asesinando a otros, entre ellos, al General Fanjul, y cometieron toda suerte de tropelías, entre las que cabe contar la persecución a muerte de todo lo que oía, por ejemplo, a «ABC» del que la familia Luca de Tena es propietaria? Eso comentan algunos. Otros no paran en su asombro al darse por enterados de que la libertad en España llegue a tanto, como a que se puedan presentar para concejales de un Ayuntamiento unos señores que se proclamen enemigos ¡del Movimiento Nacional! ¡No habrá sido todo ello un lapsus, que todo cabe en persona humana, siquiera sea autoridad y grande?, se atreven a insinuar los que han jurado morir antes que pensar de acuerdo con la lógica, por aquello de qué la lógica es despiadada y a veces parece fuerza a pensar en cosas malas.

No: no ha sido un lapsus. Ha sido lo que es... el Régimen. Cuando uno sabe, porque a Dios gracias todavía tiene ojos para mirar y ver, y de no tenerlos, cuenta para ello con una valiosa experiencia, que el Régimen, por encima de todo, es seguir adelante pese a todos los pesares, no gasta el tiempo en maravillarse de lo que está más claro que la luz del mediodía. El Régimen echará mano de todos los recursos, si no hay otro al ¡Viva Cartagena! del infeliz cómico.

Al señor Calvo Sotelo, autor de celebradísimas obras teatrales, y por lo mismo buen conocedor del pan, en esta materia, le habrá producido náuseas en la presente ocasión, el ¡Viva Cartagena! del Régimen, pero en el fondo de su espíritu reconocerá, sin duda, que la farsa de las elecciones resulta tan descarnadamente grotesca, que a decir verdad, el grito se impone.

Si es viejo el sistema, si amparándose en la adhesión al Movimiento han podido los intelectuales izquierdistas, saltar hasta puestos preeminentes en el campo de la cultura y aún de la política, si basándose en la misma identificación, obtuvieron muchos patentes de corso para enriquecerse con los abusos del estafetero y del enchufismo, ¿por qué razón no consumar el atropello electoral en nombre del Movimiento?

Nosotros lo sabíamos además porque en el año 1949 sucedió otro tanto en Barcelona. Entonces se presentó una candidatura degentes católicas y honradas en la que figuraban algunos carlistas. La candidatura obtuvo más votos que ninguna otra. Pero, el atropello se realizó tan guapamente. También en aquella ocasión, haciéndole el quiebro con el mayor descocu, a la legalidad, triunfó la candidatura del Movimiento. La verdad sea dicha, desde antes nos sabíamos la lección, pero indiscutiblemente, no es lo mismo saber la lección teóricamente, que

LIBERTAD ANTE EL REY

¿Cuándo se ha hablado con más dignidad y valor a los reyes sino cuando existían lo que los galopines desengañados han llamado reyes absolutos? ¿Y cuándo han existido Cortes representativas verdaderas como aquellas de Aragón, de Castilla y León, de Navarra, etc.? La Historia, plétorica de enseñanzas, que recoge tantos ejemplos donde aprender y que nos demuestra que nada hay nuevo bajo el sol — ni siquiera en la jornada de ocho y menos horas decretada por Felipe II —, nos dice que en Segovia fué ahorcado un representante en Cortes porque no cumplió el mandato que le dió el pueblo y accedió a las pretensiones del rey, con las que no estaban de acuerdo aquellos a quienes representaba el mandatario. ¿Cuándo se ha dado un caso de esos en tiempos de la falsa democracia y con los motivos que muchos de sus políticos dieron para ser ahorcados?

En aquellos tiempos, que cada vez se rebastecían más las instituciones tradicionales, no se hablaba de «tú» a los reyes, pero amándolos hasta morir por ellos, y desde luego mucho más que desde los tiempos en que con la democracia apareció la adulación para fingir y para engañar, se les decía la verdad porque se les servía de veras, porque reinaban en el corazón de todos, ya que, según Lope de Vega, «no es justo que reine quien no reina en las voluntades», y por eso, no se olvide aquel viril y tajante «se obedece pero no se cumple», con el que se contestaba a los contrafueros, ni el verso del clásico:

«En lo que no es justa ley
no se ha de obedecer al rey.»

¿Cuándo se ha hablado y se ha obrado de un modo tan gallardo en los miserables tiempos que hemos conocido? Y es que en los siglos llamados de absolutismo, éste no lo sentían los monarcas, fieles observadores de las leyes, ni lo consentían sus súbditos, centinelas exactos, para evitar la menor transgresión, porque, según el poeta,

«también nacieron los reyes
para obedecer las leyes.»

RELENTE

habería vivido de modo experimental.

Dedicar unas líneas a comentar, por ejemplo, cómo ha resuelto la papeleta el régimen en otros lugares, donde se ha producido la maravilla de que sólo se hayan presentado candidatos el número exacto de individuos para cubrir las vacantes, es ya perder el tiempo. No es necesario para extraer de lo sucedido la primera lección, que nos dice que las elecciones en España son una farsa.

La segunda lección tal vez sea más interesante. Héla aquí, tal y como la vemos nosotros.

Se habla de que con eso de los americanos va a iniciarse, si es que no se ha iniciado ya, una era de mayor libertad. Algo así como si estuviéramos ya en los prólogos de una situación democrática al uso. El público, comentan algunos, espera con ansia la ocasión de manifestarse. A propósito de la candidatura monárquico-juanista, que tal se presentaba, a lo menos para muchos, la encabezada por el señor Calvo Sotelo, se oía comentar antes de las elecciones: «Se van a llevar al público de calle. ¿Como no, si es eso lo que espera la gente?»

Nosotros queremos suponer, sin reticencias, que la candidatura en cuestión obtuvo más votos que la del camarada Eloísa. Pero, la verdad es que si la inmensa mayoría de los madrileños hubiese votado por el señor Calvo Sotelo y compañeros, no hubiera habido lugar para la trampa.

Las consecuencias — que sólo lo son en el sentido de consideraciones que vienen a renglón seguido de los hechos, pero que en realidad resultan las premisas de aquéllos — que cabe extraer de lo sucedido aparecen claras.

El público ve que lo que se dé resulta insaciable, por vergonzoso, pero, con todo, acepta las novedades con

reserva, a lo menos ciertas novedades. Y, posiblemente, porque en realidad no acierta a comprender que según que cosas sean novedades. Si ésta es la causa, más parece que el público tiene razón. Una solución monárquica, con base democrático-liberal, a quién ha de decirle algo nuevo? Si de eso se hartaron los españoles durante unos años que han sido calificados sin protesta de malos y perversos... Pero, además: esos señores ¡se han mostrado en todas las ocasiones plenamente desvinculados de lo que el Régimen es y significa!

Algunos cifrarán los motivos determinantes en la apatía general. También eso es grave, y desde luego, para nosotros, lo verdaderamente grave. Porque puede suceder que muchos no voten porque se resistan a engancharse en el carro del engaño democrático liberal, pero también es posible que muchísimos ni siquiera se hayan preocupado por saber quiénes eran los candidatos y qué bandera enarbocaban. Estos no se han movido para exclusivamente para no abandonar las posiciones de la comodidad en que tan bien se hallan. Hoy — sepámoslo y digámoslo — hay que luchar en primer término con la carencia de ideales.

Si hay gentes que no se mueven porque no divisan una bandera limpia y honesta, los carlistas tenemos que ir a ellas para convencerles de que esta bandera sólo la tenemos nosotros. Esta es la primera lección. La segunda ha de consistir en saber que no podemos dormir tranquilos, cuando tantos españoles creen, prácticamente, del mínimo necesario para proceder a una tarea de salvación: capacidad para enfusarse.

La cosa está clara. Nosotros, cada uno de nosotros, tiene la palabra.

Hemeroteca General

CEDOC

POLITICA INTERNACIONAL ESPAÑOLA

Los carlistas somos una afirmación en todos los terrenos de la política. Muchas veces se nos ha invitado: «Vosotros habláis mucho de lo de aquí pero tal vez no tengáis en cuenta que las cosas andan ligadas. Han pasado a la historia aquellos tiempos en los que cada pueblo parecía ser dueño de sus destinos. Hoy dependemos unos de otros, y mucho más los que somos pobres y débiles al lado de otros prósperos y poderosos. En realidad ¿no habíais sido suicida, rehuir el pacto con los Estados Unidos?». Creemos haber reproducido una objeción planteada innumerables veces.

Volvemos a decir que el Gobierno es una afirmación en todos los terrenos de la política. Todo el que aspira a enderezar los derroteros de un país, debe tener las ideas necesarias para el enfoque y la resolución de cuantos problemas surgen en la vida del país. Y la cuestión internacional es, que duda cabe, uno de esos problemas. Más todavía: es uno de los principales problemas debido a todo eso, que es una gran verdad, de que hoy los países dependen más unos de otros que antes, etc. O sea que nosotros defendemos una actitud de España en lo internacional político, que entendemos ajustada a nuestra visión de los problemas del día, y defendemos como viable esa actitud, sin perder de vista la complejidad que reviste el problema por las razones dichas.

La prensa oficial y los representantes de la política del mismo signo parece han dejado a un lado, de un tiempo a esta parte, todo aquello, a que antes se mostraban tan aficionados, del papel trascendental de España en el mundo, de nuestro destino histórico en lo universal, de nuestro país, avanzada misionera de la Iglesia, etc., etc., etc. Todo aquello, parecen decirnos con semejante cambio de actitud, era, ni más ni menos, literatura barata, porque en realidad lo que importa, es comer y vivir, y no se come ni vive de palabras, por bellas y poéticas que las palabras sean.

Tan absurdo, por no decir cosa peor, resulta el acallar las voces del hambre con el encarecimiento de unos ideales, de los que se muestran muy lejos los mismos que los predicán, como decir que los ideales no sirven para nada, cuando, merced a la ayuda exterior, se probó que la plaga de la miseria está próxima a ceder, en parte al menos. Porque si es verdadero el dicho *«primum vivere»*, no es menos cierto que el hombre vive de algo más que de pan. Es decir: el derecho a la existencia material es un derecho sagrado, pero no tanto como para que pueda comprarse al precio del envilecimiento y de la renuncia a todo ideal superior. Ahora se nos dirá, lo sabemos de sobra, que no hay por qué sacar las cosas de quicio. Que hasta el momento España sigue independiente y soberana y que, en definitiva, la seguridad frente a la amenaza comunista exigía para el bien del país se llegara a la inteligencia plena con los portaestandartes del Occidentalismo.

A los que hablan de independencia nos permitimos recordarles que la política ha evolucionado hasta alcanzar estados de sumo refinamiento. Por eso, para que un país deje de ser independiente hoy, no hace falta que se vea sojuzgado por la fuerza militar de otro. Son muchas hoy las formas posibles de ejercer dominio. España se ha unido hoy a los Estados Unidos de

América por un pacto de seguridad del mundo libre. La contraprestación consiste en una ayuda de tipo económico. Si falta lo primero, es inútil querer contar con lo segundo. ¿Se podrá negar nuestro país a enviar parte de sus soldados a otra Corea, si por casualidad la seguridad del mundo libre pide una guerra tan llena de sentido, como la que tuvo por teatro aquel país?

El pacto de seguridad del mundo libre nos coloca a merced de lo que decidan acerca de la conveniencia o no conveniencia de la guerra unas conferencias y unas asambleas en las que no tenemos parte, y en cuyo seno desempeñan el primer papel los representantes de unos regímenes e ideologías extranjeras, que a vueltas de un amor a la libertad y a la justicia, pregona a todas horas, entregaron, sin duda en aras del mundo libre, media Europa a los Comunistas, y consideran hoy como aliado al propio Tito.

El asunto es de tal gravedad que invita a todos los españoles a una profunda reflexión.

Queda otro punto. Es el de la última misión a que estaba llamada España y que el actual régimen no ha querido aceptar.

Si España, a pesar de sus defectos, es católica, práctica y oficialmente, no puede faltar a los deberes que semejante profesión de fe comporta. Y una nación que se dice católica tiene, en estos momentos de desconcierto universal, un deber clarísimo: alumbrar para el mundo que se pierde en las falsas sendas de una política impregnada del más disolvente materialismo, el rayo de esperanza de una política de paz sinceramente cristiana, garantía única de verdadera salvación.

También sobre este punto entendemos necesario abrir hoy un paréntesis para la reflexión.

En numerosos sucesivos estudiaremos el lado positivo de lo que a juicio del Carlismo debe ser la política internacional de España.

TRADICIÓN Y REGION

En frente del centralismo burocrático y despótico que del paganismismo tomó la Revolución para esclavizar a los pueblos, se levantan como aurora de libertad nuestros antiguos fueros, organizando el regionalismo tradicional que, contenido por la unidad religiosa y monárquica, y por el interés de la Patria común, no podrá tener jamás a separatismos criminales.

Independientes del Poder central deben vivir los municipios, administrando los jefes de familia los intereses concejiles, sin que el alcalde sea un mero agente del gobernador, para convertirse, como ahora, en sirvo del ministro, sin poder calcular los gastos o ingresos de su presupuesto, ni determinar sus propias necesidades, ni siquiera aprovechar los montes comunales, cuya administración el Estado les usurpa. Y así como de las uniones y hermandades de los municipios se forman las comarcas, de igual modo, del conjunto histórico de varias de éstas se constituyen las regiones, que siendo entidades superiores confirmadas por la tradición y las leyes, vienen a fundirse al calor de una misma fe, de una misma monarquía, de un común interés y de fraternales amores en la sublimidad de la Patria española.

CARLOS VII

La nación puede compararse a un río que atraviesa辽engas tierras. Las regiones son los afluentes, y sin afluentes no hay río...

El espíritu nacional es la síntesis de los espíritus regionales, y caracteriza a la nación...

La región es una nación incipiente, sorprendida en el momento de su desarrollo, por una necesidad imperiosa, que no puede satisfacer por las condiciones de su constitución o porque no reúne las circunstancias geográficas necesarias para ello, y que incorpora su vida a otra nación, colectiva, pero manteniendo su personalidad...

El regionalismo es una palabra gráfica, aunque moderna, que expresa de un modo admirable el principio fuerista; en virtud de la cual tienen derecho las regiones, unidades inmediatas en que se descompone el todo nacional, a conservar y perfeccionar su propia legislación civil, a administrarse libremente por sus municipios, con vida propia y reconocida, y por sus Juntas y Diputaciones, en la órbita regional independientes; a dirigir en el propio territorio los peculiares litigios, y finalmente, a mantener, con la libertad universitaria, la propia lengua y literatura.

Hay que defender y propagar con tesón el principio regionalista, esencial en el programa tradicionalista, y difundirlo por todas partes; y yo os declaro que, si Dios me da fuerza para ello, le llevare con mi palabra pobre, pero sincera y ardiente, hasta el fondo de Castilla y de Andalucía. ¡Ay el día en que caigan, no los muros, sino los tabiques de papel que han levantado los Poderes centralistas entre todas las regiones de España! ¡Ay el día en que eso suceda y se vean bien unas a otras! Ese será el último día del centralismo, y nuestra bandera ondeará triunfante, impulsada por los vientos de la gloria, sobre el cadáver del centralismo y sobre la cumbre del Estado.

J. VAZQUEZ DE MELLA

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
CEDOC

EL JUANISMO Y SU SIGNIFICADO

Vivimos todavía bajo la férula del liberalismo a pesar de que en casi todos los discursos de los prófhombres políticos españoles se hace alarde de denostarlo y aún exaltarlo.

Y ello por dos razones: la de que el comunismo que hoy domina, es hijo legítimo de la revolución liberal y fruto de sus injusticias. Y sobre todo, porque a ese otro lado del telón de acero, incluyendo nuestra patria, a despecho también de cuanto se diga para alucinar a las gentes explotando su ignorancia o su excesiva buena fe, se respira y se alimenta a través de los postulados que como veneno inoculó en lo más sano de nuestra savia, el liberalismo, la plaga políticamente más grave, la de vivir de espaldas a la realidad social montando sobre ella un edificio artificioso que desconoce los problemas más graves y que carece de una visión más ambiciosa y universal.

Nos referimos, para concretar, a los conatos mal disimulados para fomentar, ya desde ahora y en parte desde arriba, una restauración monárquico-liberal en la persona de don Juan o de alguno de sus hijos.

No se trata de una cuestión dinástica ni de invocar, en este instante, unos derechos históricamente preferentes a favor de otra persona. Lo que importa de esa tentativa es su significación, el ser reflejo de un pecado que en buena política es un pecado capital. Los que suenan esa restauración, los que sueñan con ella reviven, otra vez, los mismos tópicos, las mismas razones que provocaron antes nuestra ruina.

Un argumento de conveniencia es la suprema razón invocada. El mundo occidental está en peligro, las democracias deben formar un frente común, la libertad ha de reforzarse frente a la tiranía organizada. En definitiva y en lenguaje más llano, nuestro mundo burgués corre peligro, nuestras concepciones burguesas se sienten amenazadas por un comunismo absorbente. Hay que defenderse junto a las demás naciones amantes de la libertad. España debe entrar en el concierto de naciones anticomunistas, ayudarlas codo a codo para que ellas a su vez ayuden al saneamiento de nuestra economía. Para ello un régimen liberal granjearía las simpatías de las potencias occidentales. Un monarca de cartón serviría estupendamente los designios de nuestros futuros aliados en esa empresa que al margen de todo lo que significa ideal ha de defender nuestros estómagos y garantizar a perpetuidad nuestra vida cómoda.

Todo eso pudo escribirse entre comillas como resumen casi textual de lo que se siente y por un resto de pudor se calla en el bando, llamémosle así, que levanta esa bandera monárquico-juanista.

El error a que nos referimos al principio es un error político que tiene su raíz en una visión del mundo completamente caduca. La supervaloración de las cuestiones de política menuda en perjuicio de las grandes líneas directrices que debieran inspirar una política de altos vuelos que no por ello deja de ser realista. Lo inmediato es la reacción del miedo, lo remoto no existe. No hay nada detrás de ese miedo incontenible. No hay ningún remedio que evite una nueva recaída, no existe ninguna solución que haga imposible o difícil la injusticia habitual que ha hecho casi necesaria la reacción comunista que hoy avanza ensarbolando una bandera de

odio ante la cual nada podrán las piruetas de quienes hablan de intereses en vez de ideales.

La monarquía liberal no es el nombre de la persona que la encarna a la cual quieren hacer servir de muñeco aquellos mismos que la actual. La monarquía liberal es la consumación de una entrega ya iniciada en brazos de un mundo paganiizado y egoista tan lejos de un ideal de política cristiana como puede estar el mismo comunismo contra el cual se enfrenta por cuestión de intereses.

La monarquía liberal que encarna la persona de Don Juan de Borbón intentaría y quizás conseguiría amortiguar las reservas de ideal que aún quedan en ciertos sectores de españoles cuya vitalidad está ahogada hoy por las imposiciones de un régimen que no respeta la libertad humana y que luego serían ahogadas también por otro género de imposiciones al estilo de la democracia norteamericana donde el patriota sincero no tiene voz ni voto para influir en la marcha

de los acontecimientos a pesar de la tan escareada y teórica libertad.

La vigencia del liberalismo — terminamos — está en ese detalle. Otra vez ocupa un inmercedido primer plano una cuestión de forma. Palabras, palabras y palabras. Defensa de un mundo occidental que nadie sabe a punto fino en qué consiste. Defensa de unos regímenes de injusticia y de privilegio. Alianza con una masonería que acusa la debilidad interna de los pueblos para mejor conseguir su perverso objetivo con o sin comunismo, de destruir la Iglesia católica, la civilización realmente cristiana, la católica. Una masonería, auténtica protagonista de cuanto ocurre, que aliándose con intereses aparentemente contrapuestos quiere impedir lo que constituye el ideal del carlismo, su auténtica y fundamental razón de ser, la instauración del derecho público cristiano, el reinado eficaz y real de Cristo en nuestra sociedad que sólo en Él puede encontrar el camino de su definitiva salvación.

¡A. E. T.!

El mañana es vuestro, se nos ha dicho cien veces a los jóvenes.

Nosotros queremos efectivamente nuestro el mañana.

Queremos el futuro, en el que tendremos que vivir como hombres responsables, tal cual le hemos soñado: católico y a la española.

Le queremos nuestro en el sentido de que no se nos escape de las manos, para parar en la de otros que ni sean católicos ni se sientan españoles.

Para eso, es preciso luchar y luchar ya desde ahora. Porque según sea la siembra de hoy, así resultará el trío de mañana.

Se ha cometido el enorme crimen de no citar para la siembra del mañana a las juventudes españolas. ¿Para qué —se ha venido a decir— si está ya todo hecho, si el Estado nos tutela y ya por delante resolviendo todos los problemas de cualquier clase que sean?

Problemas de religión? No los hay, se nos ha gritado: El Estado es católico.

Problemas de tipo social y económico? No existen: el Estado tiene sus sindicatos, fija unos salarios mínimos, diríe con sabia visión de conjunto la economía nacional y encauza las iniciativas particulares, para que nunca en el futuro se dé triste espectáculo de que sean tan solo los egoístas quienes absorben los mercados y repartan ricos botines.

Y así todo.

Ha surgido entonces una generación de buenos chicos. Los buenos chicos resultan incapaces de romper un plato, cuanto más de partirse el pecho por un ideal grande, elevado, generoso. Todo concluye con situarse en la vida y divertirse, a ser posible, sin dar pie al escándalo. La demás no nos toca. Papa cuida de que no falte nada en casa y el Estado de que nadie nos altere la digestión. Es verdad que el Estado parece querer meter su nariz en todas partes, que, en ocasiones, según cuentan los hombres maduros que, por haber vivido en otros tiempos no saben dejarse de la crítica, la censura impide decir nada como no

sea amén a lo que opina el Gobierno, pero en todo caso hay que reconocer exageran quienes afirman que, si bien bajo otros aspectos, estamos tan mal como si mandaran los comunistas... Hasta aquí, podemos ir libremente a Misa, desfilar en las procesiones y, por supuesto, divertirnos los domingos por todo lo alto...

Crimen inmenso el de afirmar que todo está hecho y, además, bien hecho.

Mientras, el enemigo no duerme, si no que va sembrando. Y su siembra, no lo olvidemos, producirá mañana un fruto. Podremos oponer al fruto maligno el nuestro, si hoy no sembramos?

El mañana es de los jóvenes de hoy. Escolares carlistas, jóvenes que ansíslas marchar tras una bandera que encarna un auténtico ideal! El mañana será vuestro, si desde ahora ponéis lo necesario.

El hoy os sabe a amargo. Confirme. Pero, no es de vosotros la culpa de que así sea. Vuestra responsabilidad se proyecta ya desde hoy para mañana. Quede para los cobardes, para los pusilánimes, para los que tienen alma de esclavos, el prepararse (?) un mañana, en el que tengan que llorar como mujeres, por no haber sabido antes luchar como hombres.

NO HAY MAYOR CRIMEN
QUE EL DE ENVENENAR
LAS ALMAS DE LAS GENE-
RACIONES NUEVAS.

NO HAY MAYOR MERITO
QUE EL ROBUSTECERLAS Y
EL PREPARARLAS PARA LA
GRAN LUCHA SOCIAL.

CARLOS VII